

Dieter Thomä

Puer robustus

Una filosofía del perturbador

BIBLIOTECA DE FILOSOFÍA

Herder

Dieter Thomä

Puer robustus
Una filosofía del perturbador

Traducción de
Alberto Ciria

Herder

La traducción de esta obra es una versión revisada y ligeramente
abreviada por el autor de la edición original alemana
Puer robustus. Eine Philosophie des Störenfrieds.

La Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales
de la Universidad de St. Gallen ha financiado
la traducción de esta obra.

Título original: Puer robustus. Eine Philosophie des Störenfrieds

Traducción: Alberto Ciria

Diseño de la cubierta: Gabriel Nunes

Edición digital: José Toribio Barba

© 2016, Suhrkamp Verlag, Berlín

© 2018, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN DIGITAL: 978-84-254-3882-0

1.ª edición digital, 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

INTRODUCCIÓN

I. EL PUER ROBUSTUS COMO HOMBRE MALVADO: THOMAS HOBBS

1. El ser liminar en el campo de tensión entre el poder, la moral y la historia
2. Interés personal y razón
3. Los perturbadores egocéntricos, según Hobbes: chalados, epilépticos, rabiosos, pobres y ricos
4. La teoría del autor-actor-espectador: el perturbador excéntrico en el vientre del Leviatán
5. El *puer robustus* en Horacio. ¿Un modelo para Hobbes?

II. EL PUER ROBUSTUS COMO BUEN HOMBRE: JEAN-JACQUES ROUSSEAU

1. Poder y moral del salvaje
2. La transformación del *puer robustus* en ciudadano estatal
3. ¿Qué hace el *puer robustus* de Rousseau tras su triunfo? Democracia y disturbio

III. EL SOBRINO DE RAMEAU COMO PUER ROBUSTUS: DENIS DIDEROT

1. La sublime definición de Hobbes

2. El *puer robustus* como problema social o como figura ambivalente: Diderot más allá de Helvétius, de Hobbes y de Rousseau

3. La vida en el umbral: *El sobrino de Rameau*

4. El sobrino de Hegel y de Foucault

IV. NIÑO ARISCO, HIJO MALVADO, SALVADOR ROBUSTO: FRIEDRICH SCHILLER

1. El *puer robustus* como «manumiso de la creación»

2. Franz y Karl Moor: ¿todo el poder para mí, u otro poder para todos?

3. El camino que Guillermo Tell recorre desde el solitario hasta el fundador de la alianza

V. EL PUER ROBUSTUS COMO VÍCTIMA Y COMO HÉROE: VICTOR HUGO

1. Quasimodo como mono tarado

2. Cuando la maldad nace de la humillación

3. Emancipación moral

4. El golfillo como *puer robustus*

5. Los parientes del golfillo: el hombretón de Balzac y el pequeño salvaje de Baudelaire

VI. SIGFRIDO, NIÑO TONTO: RICHARD WAGNER

1. El contrato como crimen contra la naturaleza

2. Salvación desde fuera

3. El héroe como niño y como tonto: la clave del éxito de Sigfrido

VII. EL PUER ROBUSTUS ENTRE EUROPA Y AMÉRICA: ALEXIS DE TOCQUEVILLE

1. El nacimiento del *puer robustus* bajo el yugo del despotismo: la primera conclusión de Tocqueville

2. Alabanza de América, advertencia sobre el salvaje oeste

3. Cuando el *puer robustus* nace del espíritu del capitalismo: la segunda conclusión de Tocqueville

4. La vida como revolución y experimento: Tocqueville, Mill, Nietzsche

VIII. EL PUER ROBUSTUS COMO REVOLUCIONARIO: KARL MARX Y FRIEDRICH ENGELS

1. Lo más peligroso de todo es el pueblo

2. La lucha contra la dependencia y la segregación

3. El lumpenproletariado como aguafiestas de la revolución

4. El sujeto revolucionario como ser genérico o como ser comunitario

IX. EL PUER ROBUSTUS COMO EDIPO: SIGMUND FREUD

1. El pequeño salvaje

2. Democracia y dictadura

3. Política después de Freud. Una controversia entre Walter Lippmann, Paul Federn, Hans Blüher, Thomas Mann y Hans Kelsen

X. ANARQUISTAS, AVENTUREROS, MACARRAS Y PEQUEÑOS SALVAJES: CARL SCHMITT, LEO STRAUSS, HELMUT SCHELSKY Y MAX HORKHEIMER

1. Florecimiento en tiempos sombríos: Hobbes *da capo*

2. Carl Schmitt sobre el Estado totalitario y sus enemigos

3. Leo Strauss sobre la sociedad cohesionada y los aventureros

4. Helmut Schelsky sobre el poder y los macarras

5. Max Horkheimer sobre el Estado autoritario y los pequeños salvajes

XI. ESPÍRITU BUENO Y HIERBAJOS VENENOSOS: EL *PUER ROBUSTUS* EN LA ITALIA DE 1949 Y EN LA CHINA DE 1957

1. El mensaje de Año Nuevo de Togliatti a los camaradas
2. Mao Tse-Tung y Tan Tianrong sobre flores aromáticas y hierbajos venenosos
3. Regreso de China a Europa: nos podemos ir olvidando de Alain Badiou

XII. EL *PUER ROBUSTUS* HOY

1. La historia interminable
2. El perturbador egocéntrico y el final de la historia
3. Perturbador excéntrico y nomocéntrico... y la paradoja democrática
4. El perturbador masivo y el fundamentalismo
5. El pequeño salvaje y el populismo de Donald Trump
6. En el umbral

AGRADECIMIENTOS

INDICACIONES SOBRE EL MODO DE CITAR

NOTAS

ÍNDICE DE ABREVIATURAS

BIBLIOGRAFÍA

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Para mis amigos
Petra y Christoph

*The man is [...] a misfit from the start.*¹

El hombre es [...] desde el primer momento un inadaptado.

RALPH WALDO EMERSON

*Man möcht halt über sich hinaus
und muß pochen an fremder Tür.*²

Uno lo que quiere es salir de sí mismo,
así que tiene que llamar a puertas ajenas.

MARIELOUISE FLEISSER

Introducción

El *puer robustus* hace de las suyas, da el cante, se rebela. No es participativo, no cede, actúa por cuenta propia, contraviene las reglas. Es indócil, desvergonzado, molesto, no está integrado, es despreocupado. Le temen, lo marginan, lo castigan, pero también lo admiran y lo ensalzan. El *puer robustus*, el chico robusto, el tipo recio... es un incordiador, un perturbador.

El perturbador incordia, perturba la paz. Por eso no está bien visto... a no ser que rechace una paz engañosa y falsa. Entonces le dan las gracias por haber dado fin a los tiempos pesarosos. Con su rostro tan repelente como atrayente recuerda a una de esas imágenes por impresión lenticular que se transformaban al ladearlas y con las que yo jugaba de niño: en cuanto lo ladeabas un poco, el rostro furioso se transformaba en un rostro amable... o a la inversa. Esto explica que se conozca al *puer robustus* como monstruo, pero también como héroe, como visión aterradora, pero también como ideal, como adversario al que hay que temer, pero también como la figura de un líder. Mejor dicho: se lo conocía. Hoy ha caído en el olvido, pero durante tres siglos enardeció los ánimos. Thomas Hobbes, Jean-Jacques Rousseau, Denis Diderot, Victor Hugo, Alexis de Tocqueville, Karl Marx y muchos más le dedicaron mucha atención y discreparon sobre la cuestión de qué pensar de él. El *puer robustus* merece salir de nuevo al escenario de la filosofía política. Tiene la capacidad de desplazar modelos consolida-

dos de pensamiento y de acción y de transformar toda la escena. Si no es porque tiene esas pintas tan campechanas, fácilmente se lo podría incluir entre esas influyentes personalidades de la historia de las ideas que operan en la sombra.

La controversia que se ha desencadenado acerca del *puer robustus* no afecta a un problema *cualquiera* de la filosofía política, sino *al* problema por antonomasia: la cuestión de cómo se establece y se legitima un orden, cómo se lo critica, cómo se transforma o se lo ataca, cómo los hombres quedan incluidos en ese orden o excluidos de él, cómo se amoldan a él o intrigan contra él. Del tema del *orden* forma parte necesariamente el del *disturbio* y la *perturbación*, y por tanto también el papel que desempeñan las figuras marginales y secundarias, los querulantes y los intrigantes. A mí me parece que las eclosiones políticas y los cambios radicales de la modernidad representan crisis que no se pueden comprender desde el centro del poder, sino desde el margen. De forma correspondiente, también únicamente ahí se puede aprender cómo tratar estas crisis y cómo buscar soluciones a ellas. El prendido inicial de estos fuegos artificiales intelectuales que se lanzaron con el *puer robustus* se produjo en el siglo xvii. Thomas Hobbes le consiguió su primera aparición sobre el escenario de la modernidad. En 1647 se publicó la segunda edición de *De cive* (*Sobre el ciudadano*). Hobbes la completó con un prólogo en el que se decía que el «vir malus» es casi lo mismo que un «puer robustus, vel vir animo puerili». La traducción inglesa que se hizo todavía en vida de Hobbes decía: «A wicked man is almost the same thing with a childe growne strong and sturdy, or a man of a childish disposition» («Un hombre malvado viene a ser casi lo mismo que un chico que ha crecido fuerte y robusto, o que un hombre con inclinaciones pueriles»). Este *puer robustus* representaba la amenaza definitiva al orden estatal. Hobbes lo consideraba el perturbador por antonomasia.

El *puer robustus* hizo la que hasta ahora ha sido su última aparición llamativa en China, durante una breve fase de li-

beralización política en la primavera de 1957. «¡Que cien flores florezcan!», había exclamado antes Mao sobre esto. Los estudiantes de la Universidad de Pekín le tomaron la palabra, crearon una «Sociedad de las cien flores» y proclamaron su opinión en periódicos murales. Tan Tianrong, uno de los portavoces estudiantiles, encabezó su proclama del 20 de mayo de 1957 con una cita de Heráclito que dice que «hay que encomendar el gobierno de la ciudad a jóvenes imberbes», y la firmó con la expresión latina «Puer robustus sed malitiosus». De forma muy distinta a como sucedía en Hobbes, este *puer* se presentaba como activista democrata, como un perturbador bueno.

El *puer robustus* ha ido recalando en uno y otro lado, del Londres del siglo xvii llegó al Pekín del siglo xx... además de a un sinfín de otros lugares. Nadie hasta ahora había prestado atención a la enmarañada y desconcertante historia de este *enfant terrible* ni había cosechado sus frutos para la teoría del orden y de la perturbación. Mi libro se dedica a redescubrir, a hacer presente y a valorar al *puer robustus*.

La estructura de este libro es comparable a un escenario giratorio. En cada acto se muestra un nuevo decorado y un *puer robustus* distinto. Va cambiando a toda velocidad, tan pronto es un tozudo como un balarrasa, un bárbaro o un chalado, un aprovechado o un artista, un bandido o un salvador, Sigfrido o Edipo. A su paso se entonan cantos fúnebres y se producen estallidos de júbilo. Desde luego este libro versa sobre la historia posterior a Hobbes, y por tanto sobre una aburrida y prolija confrontación con él que va desde Rousseau hasta Leo Strauss... y aún más allá. Pero no es mero ornato accesorio que dos de los héroes más inusuales de la literatura francesa, el sobrino de Rameau y el jorobado de Notre Dame, intervengan como encarnaciones del *puer robustus*. A su lado aparecen los golfillos parisinos, los proletarios europeos, los pioneros californianos del siglo xix, el movimiento juvenil de principios de siglo xx, los adolescentes alborotadores y los macarras alemanes, los comunistas italianos, los estudiantes chinos de los años

cincuenta que ya hemos mencionado y muchos más. Los pensadores que han rendido homenaje al *puer robustus* lo exponen a un desenfrenado juego de conflictos. Lo que ellos ejecutan es una danza en torno al sujeto o a varios sujetos de la historia.

Con esta danza no casa que nos limitemos a entonar un canto de alabanza o un canto de despedida al perturbador. Quizá uno desearía describir únicamente la marcha triunfal de los héroes libertarios o, a la inversa, acabar de una vez por todas con los zánganos, los querulantes y los provocadores. Pero este tipo de soluciones claras y de separaciones tajantes queda descartado en vista del *puer robustus* contradictorio y reacio. No se lo puede meter a la fuerza en una novela de formación, en la que «el sujeto», a base de escarmientos, lenta pero inexorablemente «va entrando en razón» (G. W. F. Hegel, w 14, 220).

Si este libro fuera un ser vivo, tendría dos corazones latiendo en su pecho. Es un tratado filosófico... y a la vez algo así como una historia de aventuras. Admito que no pretendo competir con los reporteros que se mueven en el mundo del *hip hop*, entre los albaceas de *Occupy Wall Street*, entre agitadores o vándalos. Pero creo que también existen aventuras intelectuales, y me lanzo a ellas. Este libro se podría describir tentativamente diciendo que traza un arco desde Hobbes hasta el presente, pero eso ya sería erróneo. Un arco es una línea continua e ininterrumpida. Quien lo recorre conoce su rumbo. Por el contrario, quien se mete en una «novela de aventuras» carece de tal seguridad. La novela de aventuras es un género literario que versa sobre un héroe que no «tiene sitio fijo [...] en la vida» y que muestra «cómo una persona se acaba convirtiendo en alguien distinto» (Mijaíl Bajtín).¹

Mi héroe, el *puer robustus*, está en marcha. No sabe dónde estará ni quién será mañana. En lugar de ir recopilando sus experiencias al modo como se insertan perlas en un cordel hasta que todo haya quedado asentado y encajado, él lucha para salir adelante esperando que al final todo sal-

ga bien. Lo único que puede admitir es: «no entiendo de esto». La novela de aventuras se considera injustamente un género con rasgos anacrónicos. Es el género por excelencia de un mundo —de nuestro mundo— en el que uno es llamado «a descender al caos para sentirse a gusto en él» (Ludwig Wittgenstein).² Para eso hace falta una concepción de la historia según la cual las situaciones concretas conlleven un sobrante, un factor sorpresa, y se resistan a ser clasificadas. «La aventura es el enclave del contexto vital» (Georg Simmel).³ La predilección por la novela de aventuras encierra un recelo hacia la teoría. No creo que en filosofía política sea bueno tratar la cuestión del orden y la perturbación meramente sobre la mesa de dibujo. No basta con examinar argumentos y establecer reglas. Tampoco basta con simular casos ni con llevar a cabo experimentos mentales en los que tales reglas se puedan aplicar y examinar. La suposición de que uno puede manejar así su tema encierra una «ridícula inmodestia» (Nietzsche, KSA 3, 627). La contrarresta el descontrol por el que se caracteriza el personaje del *puer robustus*. Al cabo resulta ser justamente esto: un personaje que aparece ora aquí, ora allá, tan pronto así como de otro modo, pero no una argumentación, una tesis que se pudiera formular claramente y debatir. Los pensadores que hacen intervenir la figura del *puer robustus* podrán creer que se trata de un instrumento dócil. Pero él hace escarnio de la confianza que tales pensadores tienen en sí mismos, él tiene su vida propia y se desarrolla hasta convertirse en protagonista de la modernidad. Las transformaciones internas y las contiendas externas que lo afligen no se le ocurrirían ni en sueños (y menos aún estando despierto). Pero lo que aquí hace falta no es solo desconfianza hacia la teoría, sino exactamente en la misma medida confianza hacia ella. Con un poco de suerte, la comprensión de sus límites y el caos que conlleva la aventura a la que ella se expone más bien incentiva la teoría que la debilita. Con ayuda de la teoría uno logra salirse de su situación particular: además de a sí mismo uno observa a todos. Así es como esa historia de

aventuras que *también* es este libro viene acompañada de una teoría del perturbador, que busca definir cuál es la artimaña con la que su figura cambia y qué es lo que debemos pensar de cada una de sus apariciones.

Para mantener el equilibrio entre historia de aventuras y teoría, la mayoría de las reflexiones sistemáticas las desarrollaré solo en el curso del viaje que ahora emprendo. Entonces habrá que preguntar, por ejemplo, por qué el *puer robustus* es tan *tremendamente masculino*, o qué le sucede al descubrir su lado femenino o simplemente humano. No solo es llamativa su masculinidad, sino también su individualismo... y quizá además de llamativos también sean achacosos. Se le asocia con la idea de regatear con la cooperación social echando mano del esquema de cierre y ruptura de contrato. Esta idea me interesará tanto como la cuestión de si el *puer robustus* está condenado a seguir siendo un solitario o si encuentra acceso a comunidades y colectivos. (La diferencia entre socialización empática y sinérgica resultará ser aquí muy fecunda). Antes de poner en marcha el escenario giratorio sobre el que hace su aparición el *puer robustus*, antes de indagar en detalle sus jugadas y sus formas de combate, quiero introducir al menos un concepto fundamental de la teoría del perturbador y esbozar una pequeña tipología de sus diversas formas. El concepto fundamental se llama *umbral*.

Como se dijo al comienzo, este libro versa sobre la relación entre orden y perturbación. Por motivos que pueden ser de índole muy diversa, el *puer robustus* queda relegado al margen, desbarata los planes o se entromete, pero al margen de cómo se comporte el perturbador siempre se encuentra en el borde, en una frontera o, justamente, y como se debería decir mejor, en un umbral. Este umbral es uno de los detalles arquitectónicos menos aparentes y al mismo tiempo más importantes del edificio de la filosofía política.

Prefiero la palabra «umbral» a la palabra «frontera», porque muestra dos peculiaridades. En primer lugar, se considera que un umbral es típicamente *bajo*. Un umbral se pue-

de traspasar, uno se puede tropezar con él o detenerse en él. La permeabilidad del umbral es variable y negociable en una medida mucho mayor que la de la frontera. En segundo lugar, por medio del umbral se puede hacer un reparto a resultas del cual dos espacios quedan definidos como dentro y fuera. También quien traza fronteras conoce esta distinción, pero en su caso la definición de dentro y fuera depende exclusivamente de la ubicación del observador: lo que para uno es el extranjero para el otro es el interior de su propio país, y viceversa. A diferencia de ello, la acepción más conocida del umbral es aquella que lo sitúa en una *entrada* con la que, de una vez por todas, queda establecida una asignación de dentro y fuera. Alguien que está ahí fuera delante de la puerta no puede persuadirse de estar dentro. Con el problema político de orden y perturbación cuadra mejor el umbral que la frontera, con sus asignaciones variables: el umbral se refiere a un espacio interior que está contorneado por un borde, en el cual se producen confrontaciones entre los miembros del orden y los marginales. Precisamente por eso la permeabilidad del umbral pasa a ser una cuestión clave.

Una frontera separa ámbitos o reinos en los que tanto acá como allá se pueden encontrar miembros. El *puer robustus*, que merodea por el umbral, no queda en medio de dos órdenes, sino que más bien se mueve en el borde de un único mundo que está definido por el alcance de su campo de poder. Este borde no es un *lugar distinto*, sino en realidad un *no-lugar*. El *puer robustus* no pertenece a ninguna parte, sino que es el desarraigado por antonomasia. Le resulta difícil asentarse en este no-lugar. No puede recrearse en la sensación de que *no le gusta el mundo*. Más bien se refiere innegablemente al orden, estando en tensión con él. Lleva una «vida en el umbral» y se queda «interiormente *inacabado*» (Bajtín).⁴

Pero como no puede haber orden sin un borde que marque su campo de validez, el orden asume que hay hombres que merodean fuera de este ámbito, más allá de este bor-